

Cuentiembre – C. R. Villanueva

C. R. Villanueva



Capítulo 1

La Esquina

–Hay que tomar una decisión –comentó el hombre alto y corpulento con expresión severa.

–Lo mejor será llamar a la policía –sugirió la mujer a la vez que se agachaba para acariciar al bebé que tenían delante.

El hombre corpulento la agarró antes de que lo tocara.

–¿Qué está haciendo? –inquirió asustada.

–Soy policía.

–Entonces por qué no hace algo –habló desesperado el tercer desconocido que los miraba con curiosidad.

Todos se observaron. La luz del amanecer comenzaba a iluminar las calles, mientras el policía atendía con cierta ansiedad la entrada al suburbano, ahora vacía, pero que dentro de nada estaría a rebosar.

La mujer se quedó agachada a su lado. Lo observó, parecía estar bien.

Frunció el ceño y sacando un bolígrafo del bolso, imitó lo que tanto había visto hacer en las películas de asesinatos. Retiró la manta azul que lo cubría y señaló a su público un sobre blanco.

–Debería cogerlo usted –expresó alzando la vista–, ya que es la autoridad.

El policía volvió a centrar la mirada en la escena y asintió. Rebuscó en el bolsillo de los pantalones unos guantes de látex.

Imitó la posición de la mujer y tomó entre sus dedos el sobre blanco.

Sintió todas las miradas puestas en él. Lo rasgó y sacó una hoja. Estaba escrita a ordenador y rezaba:

No lo quiero.

Los tres desconocidos se quedaron en silencio, cada uno inmerso en sus pensamientos.

–Se lo puede quedar usted –soltó de pronto el joven ajustándose la cara chaqueta de traje y depositando su maletín junto al canasto del bebé.

La mujer lo miró con el ceño fruncido. Se pasó la mano por el pelo liso y suspiró.

–Tengo ya dos y, no quiero más –contestó ofendida.

–Así no se hacen las cosas, primero hay que averiguar quién ha sido el desalmado y sin corazón que lo ha abandonado –replicó el policía.

El joven apartó la mirada y se cruzó de brazos.

–Hay que hacer algo, no tengo toda la mañana –instó a sus acompañantes.

–Se pueden marchar –sugirió el policía sacando el teléfono inteligente del bolsillo.

La mujer volvió a observar los movimientos del bebé. Parecía estar despertándose.

Primero, unos grandes ojos los escrutaron, después movió sus pestañas y

sonrió ligeramente. La mujer se volvió a agachar y lo estrechó entre sus brazos. El policía no pudo impedirselo.

La mujer lo ignoró y siguió acunándole. Estaba caliente y la observaba con admiración. Le metió el meñique, como había hecho con sus dos hijos, y éste comenzó a succionar.

El policía se alejó unos cuantos metros para realizar las llamadas pertinentes.

–La quiere –soltó junto a ella el joven.

La mujer se giró con los ojos abiertos y una media sonrisa.

–Los bebés a veces lo único que quieren, como nosotros, es un abrazo y sentirse queridos. No necesitan más.

Se la quedó mirando sorprendido por sus palabras. No quería mirarlo. Se fue alejando y se apoyó en aquella esquina donde la había conocido por primera vez. Sintió un tremendo dolor y sus ojos se humedecieron.

¿Cuántos años tendría ya? Ver aquel bebé le había traído demasiados recuerdos. Tragó saliva y se pellizcó el puente de la nariz. Podía entender el miedo que esa persona estaría pasando, el dolor de desprenderse de lo que más se quiere pero sin saberlo. Cada día la echaba de menos y se preguntaba qué habría pasado si él no hubiera actuado de la misma forma que la persona a la cual estaban juzgando sin motivos.

–Cómo puede alguien hacer esto –murmuró la mujer acariciando la mejilla del bebé.

La miró con congoja y se encogió de hombros. Ni siquiera él comprendía por qué un día abandonó a su hijo en el orfanato.

Capítulo 2

El disparo

–¿Has oído eso?

–Parecía un disparo. ¿Qué extraño?

–Pero no puede ser. Estamos solos en la casa.

–Ya, pero ha sonado igual que cuando disparamos a los pájaros esos que nos sueltan en la finca.

–Lo sé, lo sé. Te recuerdo que yo también cazo.

–Deberíamos ir a investigar.

–Sal y mira a ver.

–Por qué tengo que ir yo.

–Eres el dueño de la casa. La conoces mejor.

–Será mejor que vayamos los dos juntos, ¿no crees?

–No pensé que fueras un cagueta. En los negocios eres igual que una leona, esperando a la presa más débil para devorarla.

–¡Ja Ja! Una comparación digna de mi jefe. Gracias por esos halagos. Pero no me convencerás para ir solo por esta casona de hace siglos. Salgamos de una vez.

–Lo mejor será salir al jardín. Yo creo que vino de ahí.

–Me parece bien, antes de que se haga de noche.

–Me encanta la entrada. Le has sabido dar un toque muy campestre con esa cómoda envejecida y los jarrones con flores secas.

–Gracias, lo mío me ha costado. Es lo bueno de estar divorciado, he podido decorar la maldita casa a mi gusto.

–Entonces por dónde empezamos a investigar que ya va haciendo frío.

- Rodeamos la casa a ver si vemos algo.
- Mira aquí hay pisadas.
- Es verdad y parecen recientes.
- Se dirigen hacia el límite de la finca.
- Me tienes que invitar más veces a tu casa. Estoy harto de los niños y de mi mujer.
- No entiendo por qué no te divorcias.
- Su familia me tiene bien cogido por los huevos.
- Vamos que te arruinarían si se enteraran de lo nuestro.
- Cállate.
- ¿Has oído algo?
- No, pero no me gusta hablar de lo nuestro aquí afuera. Nos pueden oír.
- Parece que desaparecen detrás de esos matorrales.
- Puede que tan sólo haya sido un ruido.
- ¿Crees que alguien ha intentado matarnos?
- Pues si es así me alegro de que sea malo disparando. Además no veo el motivo por el cual matar a dos financieros que se dedican a comprar empresas en la quiebra.
- Yo veo unas cuantas, nos aprovechamos de la desgracia ajena, a veces me gustaría pegarme un tiro por lo mal que me siento.
- Joder, ven aquí, que te doy un abrazo.
- No, tranquilo. ¡Mira!
- ¡Espérame!
- Parece que alguien ha estado comiendo aquí. ¿Qué te pasa?
- Esa marca de bollos la come mi hijo.

-Tu hijo y otros tantos millones de chavales.

-No, no, es de importación y aquí solo la venden en sitios exclusivos. Son bollos caseros y a la vez industriales, algo que nunca entenderé. Me cuestan un ojo de la cara. Ella siempre anda preocupada por lo que comemos.

-Esto no significa nada, puede ser de cualquiera.

-Joder, ya lo sabe. Si no qué hace esto aquí. Ha sido ella. Me ha querido matar.

-Tranquilízate, no creo que sea ella...

-No la conoces. Odia que hablen mal de ella. Esto sería su muerte social. Hará lo que sea por mantener su vida tal y como está.

-Llámalala.

-Para qué.

-¿A dónde vas? ¡Espera!

-¿Qué haces aquí con esa pistola?

-Eh, tranquilo, chaval

-Baja la pistola, hijo.

-¡Ya has matado a tu padre, aparta la pistola por favor!

Capítulo 3

Dead Inside

Sabía que con aquello vendería mi alma, pero me dio igual. Estaba seguro, tenía que hacerlo, era lo que me pedía tanto mi cuerpo como mi cerebro. Me miré en la pantalla en negro mientras se conectaba con la CPU. Aquellos ojos azules ya no eran los míos. Parpadeé ante el escozor de llevar allí delante demasiadas horas. Mantuve las manos sobre el teclado, a la espera de que los números hicieran su magia.

Cómo podía cambiar todo con tan solo una cifra. Era increíble como en las matemáticas el simple cambio de orden o de otra cifra sustituyendo la anterior podía significar el caos. Solté una carcajada. La informática era más frágil de lo que la mayoría pensaba. Ojalá la vida fuera tan fácil como aquello, poder cambiar las cosas con un simple teclado.

Sentí pesadez en las piernas, me retiré de la mesa y las estiré en el poco espacio que quedaba entre la mesa y la puerta. Miré las paredes desnudas y sin ventanas.

Sonreí.

Me gustó desde el principio, un lugar alejado de todas las miradas, privado. Estiré los brazos por detrás de la cabeza y moví los ojos para que la sequedad de mis cuencas se desvaneciera. Me acerqué de nuevo a la pantalla central para echar un vistazo a los otros monitores.

La presentación del próximo producto estrella seguía su curso. Por un momento sentí cierta lástima. Desde que había desaparecido su mayor defensor, su creador, habían ido de mal en peor. Pero que no se confunda el lector, yo no estaba haciendo eso por ser un adepto descontento con las últimas cagadas de sus productos, sí que me había horrorizado que hubieran echado por la borda todo en lo que creían y todo lo que nos habían hecho creer a los usuarios, pero mi causa era mucho más grande. Bueno mucho mas verde, si contaba mentalmente cuantos dólares me iban a pagar por aquello.

Los números se sucedían y mi plan iba tomando forma. Qué mas daba, con aquello todo terminaría por estallar. La guerra estaba a un paso de la esquina. Los conflictos en los países proveedores de materias al primer mundo ya habían estallado, los muertos olían en cada cumbre europea o mundial.

Qué mas daba otro problema, pero esta vez afectaría al hombre de a pie del primer mundo. Verían lo dominados que estábamos por los cacharros tecnológicos.

Miré mi aparato.

Dorado, a quién se le había ocurrido, era horroroso. Ahora me arrepentía de haberlo comprado en ese color. Era desmesurado y presuntuoso, como todo lo que habían sacado últimamente la famosa marca de electrónica y que el mercado había copiado con descaro.

Y pensar que había sido gran defensor de ellos. Ahora lo recordaba con amargura. Me giré, ese silencio me estaba matando. Minimicé una de las ventanas donde observaba los comentarios en las redes sociales. Pensamientos banales, estúpidos, que lo único que hacían era engordar los egos de las personas absorbidas por lo digital.

Internet acabaría con la raza humana, pero él ya no estaría allí para verlo, lo mismo había caído antes en alguna guerra absurda dirigiendo un dron. Cómo iba a saberlo, por ahora no se podía adivinar el futuro y esperaba, más bien deseaba que no acabáramos como en Khimera. Aquel libro me abrió los ojos. No pude continuar con los brazos cruzados y dejarme llevar por la idiotez reinante.

Cinco meses, me parecían pocos. En tan poco tiempo había planeado un acto grandioso, si todo funcionaba bien, cambiaría el curso del mundo.

El CEO, de una de las marcas más importante de tecnología, apareció en el escenario. Crucé los dedos y los hice sonar, mientras se dibujaba en mi rostro una sonrisa de satisfacción. Había sabido controlar esa parte que me decía que aquello estaba mal. Cuando comencé a plantearme las verdaderas preguntas sentí miedo. Por qué estaba mal abrir los ojos a las personas sobre la dominación a la que nos estaban sometiendo, por qué estaba mal su acto y no la manipulación de los mercados y de las mentes a través de las máquinas. Pero ahora ese miedo había desaparecido con la determinación de estar haciendo lo correcto. Ya no era el mismo, mi inconsciente ya no me manipulaba, lo había controlado y ahora me sentía más satisfecho conmigo mismo. Yo era el dueño. Ya no sentía pena, por qué sentir pena, pudiendo sentirme poderoso.

Centré la vista de nuevo y vi al CEO presentar el nuevo teléfono que apenas se diferenciaba del anterior modelo.

Ya estaba.

Estaba listo.

Sólo tenía que oír las palabras adecuadas y aquel virus contaminaría todos los dispositivos de la marca, que eran unos cuantos millones, y estallarían.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Sí mis cálculos, estaban bien es lo que sucedería. A nadie se le había ocurrido hacer aquello. Era un puto genio. Solté una carcajada que resonó en la habitación y me di cuenta de que no había puesto la música.

Sin perder de vista la pantalla y las palabras del CEO me acerqué y abrí Spotify.

El ritmo casi hipnótico de la canción invadió la habitación.

–Free... –escuché decir al CEO con una amplia sonrisa.

Allí estaba mi clave. Esperé unos segundos y pulsé intro.

Mi smartphone tardó unos segundos en pedirme que actualizara al nuevo sistema. Le di a aceptar. Descargó el sistema en minutos, no podía dejar de mirarlo. Cuando comenzó a instalarlo la pantalla se apagó de pronto y estalló.

Me había separado antes, pero aún así sentí la deflagración en mi cara. El corazón me dio un vuelco mientras rompí a reír y a llorar.

Salté del asiento y aplaudí, me incliné ante un público invisible.

Oí ruidos por encima de la música.

En la pantalla se sucedían caras de terror y se cortó la comunicación. Centré mi vista en los comentarios de los usuarios. Aquella tarde arderían, y nunca mejor dicho, las redes sociales.

El telefono fijo sonó. Bajé la música.

–Buen trabajo. Ya está hecho el ingreso en su cuenta. Enhorabuena, acaba de cambiar el curso de la historia –me dijo aquella voz distorsionada.

Corrí hasta el teclado y entré en mi cuenta. Allí estaba aquella larga cifra.

Fijé mis ojos en ella sin sentir a penas nada. Dead Inside...

Capítulo 4

Psycho

Llegaba tarde, como siempre. Miró para un lado y luego al otro y cruzó casi a la carrera.

Cuando entró en el hospital, aquel silencio que reinaba en las calles se acabó de forma brusca. Se notaba que era fin de semana y verano. La sala de urgencias estaba a reventar, caídas, accidentes domésticos, ahogamientos y accidentes de tráfico poblaban aquel lugar aséptico.

Ella sonrió. Iba a ser una noche movidita, como a ella le gustaban. El móvil vibró de nuevo. Lo sacó y vio el mensaje de su compañero que la reclamaba. Contestó con un estoy dentro y echó a correr para entrar en el ascensor.

Llevaban a un hombre en una camilla. Ella lo observó. Entrecerró los ojos.

-Doctora -dijo el hombre al reconocerla.

-No le había visto -mintió por haberle reconocido al momento.

-Ha llegado el día -pronunció con un ligero temblor el enfermo.

-Eso parece, no se preocupe por nada, todo va a salir bien.

Las puertas se abrieron y ella salió primero para dejarlos pasar. Se despidió y se volvió a meter hasta llegar a su planta.

Se encontró con varias personas, todas la apremiaban, pues la estaban esperando para que fuera a operar. Entró en su despacho, y se cambió rápidamente. Llevaba todo el día corriendo.

Bajó a quirófano que era un hervidero de actividad. Los órganos los esperaban en cajas en una sala a parte mientras los pacientes se iban distribuyendo por las diferentes salas. Aquella era una operación de esas que solían salir en los telediarios. Accidente múltiple, mueren cuatro jóvenes en la flor de la vida por ir mas bebidos de la cuenta y gracias a ellos se salvan varias vidas. Padres de familia, jóvenes prometedoras para la música, abuelos con mucho que contar.

Miró a través del cristal mientras terminaba de lavarse las manos.

Allí estaba aquel abuelo que ahora mismo era el sustento de una familia de cinco. Suspiró. Si no fuera por aquel corazón, no creía que hubiera vivido mucho más y que habría sido de su hijo, su mujer y sus tres vástagos. Aún recordaba las lágrimas de su esposa cuando les dijo que lo mejor era un transplante. Sus palabras se habían grabado a fuego en su mente: ¿Vamos a tener que esperar tanto para eso como lo que hemos esperado para acudir a su consulta? Aquel tono desesperado la había dejado mal para todo el día.

Inspiró profundamente.

Le pusieron la bata y los guantes. Saludó al otro colega que iba a realizar la operación con ella. Se sonrieron.

–Es un buen día para ser médico –soltó mientras preparaban al enfermo.

–Eso parece. Por días como hoy todos nos hicimos médicos, enfermeros o anestesiastas –incluyó al resto del personal para que no se sintiera fuera de lugar.

–Se lo merece, gracias a su pensión vive el resto de su familia –soltó en medio del silencio que se establecía antes de comenzar.

Su compañero la miró con ternura y le tendió el bisturí como si fuera a cortar una tarta. Sonrió, aunque su boca no se veía, y empezó la operación.

Fue un éxito.

Salieron después de horas. La familia del enfermo estaba allí esperando noticias. Ella, en cuanto les vio, sonrió y les dijo que no se preocuparan, que todo había salido bien y que pronto lo podrían ver. Salió de allí encopetada. Necesitaba ir a ver a los bebés. Esa sala siempre la tranquilizaba.

Había comenzado a notar un ligero temblor en la mano. Le llevaba pasando desde hacía meses, casi cuando comenzó su labor como coordinadora de transplantes. Se agarró la mano y caminó sin mirar hacía donde se dirigía. Aquel lugar se lo conocía al dedillo.

De pronto allí estaba, la sala de prematuros. Esos minúsculos seres humanos que eran los más fuertes del hospital. Se pegó a la ventana. Una de las enfermeras la vio y la hizo pasar.

-Pasa -dijo con una sonrisa.

-¿Cómo están?

-Luchando minuto a minuto, son unos valientes -contestó con ternura y mirando a cada cuna tapada con mantas.

-Los admiro. Están ahí luchando por una vida que no sabrán si valdrá la pena.

La enfermera la taladró con la mirada y se removió a su lado.

-La vida siempre vale la pena, con sus caídas y todo -afirmó con firmeza.

-Ya.

Uno de los aparatos comenzó a pitar y la enfermera se acercó para toquetear la pantalla. Echó un vistazo al resto de cacharros y al bebé que dormitaba plácidamente entre una especie de almohadas adaptadas que le daban la sensación de estar en el útero.

Era increíble como en el cuerpo todo aquello se reducía a un espacio la mitad de pequeño y sin necesitar toda esa cantidad de energía. Siempre se maravillaba por ese milagro, por cómo ellos necesitaban multitud de aparatos, medidas y demás y el cuerpo solo el útero. Suspiró.

Entonces se percató de algo.

-¿Qué ha pasado con el niño del fondo? -inquirió sintiendo una fuerte presión en el pecho.

-Ha fallecido. No pudo luchar más -pronunció acongojada la mujer.

-Pero, sí ayer estaba bien -contestó angustiada.

Se acercó a la cuna y la tocó. Recordaba su forma y su respiración pausada. Hasta un día se había atrevido a tocarlo. Era suave y sus dedos habían correspondido con un apretón que le llegó hasta lo más profundo de su alma.

No podía ser, no. Ayer estaba bien, no tenía complicaciones. Lo habían dejado morir. Para qué todo aquel esfuerzo.

-Con estos niños nunca se sabe -contestó la enfermera mirando el historial que aún colgaba de la cuna.

-¿Qué le han hecho? No podía morir. Todo el trabajo tirado por la borda
-gritó furiosa.

La mujer la miró aterrorizada y la echó de allí.

Se quedó fuera con la respiración entrecortada y los ojos llenos de lágrimas.

Todo parecía derrumbarse a su alrededor. Las palabras, esas palabras de su superior el primer día que se encontró en su nuevo despacho. Ser la coordinadora de dar vida a otros siempre fue siempre su ilusión.

Para eso se había hecho médico, para salvar vidas, pero a los dos años de llevar allí metida hora y horas comprendió que debía hacer algo. Qué no podía dejar al azar todo aquello, que le habían dado la oportunidad de cambiar las cosas.

Fue caminando despacio hasta su despacho. Cerró la puerta, bajó las persianas y encendió el ordenador. Puso unas claves diferentes a las suyas como doctora. Una pantalla azulada con dos carpetas la recibió en la penumbra que se instalaba poco a poco en el lugar. Echó una mirada fugaz al ventanuco y comprendió que unas nubes negras se estaban instalando en el anterior cielo azul.

Abrió la primera carpeta después de poner otra clave de seguridad.

Suspiró al verlo allí.

A veces se ponía paranoica, pensando sí alguien podría entrar en sus despacho. Pero no tenía por qué preocuparse, se dijo mirando aquel listado. Daba gracias a internet por toda aquella información. Sonrió.

Era brillante.

Sí su jefe pudiera ver de lo que había sido capaz. Desde que ella llevaba en aquel puesto el volumen de transplantes había ascendido, ahora eran referentes en transplantes múltiples, incluso los norteamericanos los iban a visitar. Ella se había encargado de contratar a los mejores cirujanos. Y pensar qué creía que no iba a estar bien en la sanidad pública. Todo era sencillo, unas cuantas amistades en las altas esferas y podría conseguir lo que quisiera. Salvar vidas siempre había sido su obsesión.

De pronto su teléfono la interrumpió de aquella reflexión.

Puso el altavoz.

–Doctora, otro accidente múltiple –dijo una voz algo contrariada.

Ella se quedó paralizada, deslizó el ratón hasta el final de la página.

–¿Dónde ha sido? –esperó con la respiración retenida.

–Al parecer en el mismo lugar que el día anterior –la voz de su interlocutora se cortó, oyó que rebuscaba en la información que solían traer las ambulancias –. Le parecerá extraño pero había unos cristales en la calzada, han hecho derrapar el coche. Por lo visto es una carretera que transitan los coches por evitar el pago del peaje. Van a mucha velocidad según la Guardia Civil.

Soltó todo el aire de repente. Comenzó a sentir un ligero mareo.

–Ahora voy –logró pronunciar sin creérselo del todo.

Colgó. Abrió un cajón con una llave que siempre portaba con ella y sacó un teléfono de hace unos cuantos años. Lo encendió. Esperó y llamó al único número que tenía guardado.

Nadie contestó al otro lado de la línea.

No debía perder la compostura. Volvió a apagar el teléfono y bajó al quirófano. Cuando se estaba lavando las manos, una enfermera entró.

–Doctora, la policía pregunta por usted –dijo angustiada y señalando la puerta donde se veían dos hombres.

Nadie se creía lo que vieron al día siguiente, primero en las redes sociales, después en los medios digitales y por último en los primeros informativos del día.

La famosa doctora que había hecho grandes avances en el campo de los trasplantes había sido imputada por asesinato. Al parecer tenía una trama junto a una mafia del este, éstos últimos se encargaban de colocar todo tipo de trampas en puntos negros de la red de carreteras. Estaba bien estructurado. Con lo que no contaban fue con un testigo, al parecer el marido y padre de una de sus víctimas reconoció a uno de esos hombres después de que su coche se estrellara y él perdiera a su mujer y a su hijo con semanas de diferencia.

La famosa doctora M.D.C, ha negado los hechos y dice formar parte de

una trama de desprestigio.

Los investigadores deducen que todo lo ha hecho para contar con órganos que transplantar a los pacientes que esperaban en las listas de espera. Han encontrado un diario y cartas que le enviaba a su mentor y antiguo encargado del puesto que falleció hace dos años en un accidente de tráfico.

Capítulo 5

Mercy

¡Ayúdame! –grité con todas las fuerzas de las que fui capaz.

Oía los pasos sobre mi cabeza, las voces elevadas por los ruidos de la ciudad. Golpeé la portezuela con todas mis fuerzas, podía sentir como el aire se escapaba de mis pulmones y no se renovaba.

Me senté en el suelo, sabiendo que aquello era mi final. Sería mi tumba y los demonios me llevarían al infierno. Me lo merecía. Estiré las piernas y me quedé observándolas por un momento. Dentro de nada no me servirían para nada. La muerte se haría con mi cuerpo y lo convertiría en comida para los gusanos. Alrededor, esas cuatro paredes de cemento me observaron. Creí ver toda mi vida allí dibujada. Todos mis pecados allí representados,

¿Por qué no me habría dado cuenta antes? Ahora ya era tarde para arrepentimientos, la compasión no valdría para salvar mi alma y mi cuerpo corrupto.

Para unos había vivido la vida que todos desearían, riquezas, amores sin responsabilidades, en general una vida sin responsabilidades, sin el más mínimo arrepentimiento, por qué me iba a arrepentir de lo que quería hacer. Siempre me había dado igual dañar a los demás, si quería algo lo iba a conseguir y lo obtenía siempre con mi sonrisa de satisfacción.

Sentí un escalofrío al recordar todas aquellas personas. Daños colaterales me había repetido siempre, pero jamás pude olvidar la cara de aquel pequeño, lleno de barro mirando debajo de los escombros, gritando el nombre de la que era su madre. Era pequeño pero pudo sacar el cuerpo de su madre. Ese grito de dolor me acompañó siempre. Dieron igual las pastillas para dormir, las terapias. Siempre lo oía en mi mente, en ese recóndito lugar al que desplacé la conciencia y la responsabilidad, en definitiva, la empatía que dejé de sentir por mis iguales.

Ahora nadie me ayudaría, no lo merecía. Nadie me echaría de menos. Nadie lloraría mi muerte.

La puerta se movió y sentí una llave abriendo la cerradura. Me aparté asustado. Mi captor estaba de vuelta.

Era un hombre de mi misma estatura. Llevaba la cara tapada y hablaba con una voz que parecía de ultratumba, pero sabía que todos aquellos temores de los demonios y el infierno no eran mas que patrañas de la religión. Lo único certero que existe es que cuando uno se muere, deja de

existir en el plano de la Tierra, en esa realidad que tenemos los seres humanos.

–Muéstrame compasión, clemencia –dije con un hilo de voz.

El hombre me miró a través de aquellos terroríficos agujeros del pasamontañas. Se acercó tanto que pude ver sus pupilas. Me asusté, esas pupilas las conocía bien. Pero no era posible. No podía ser. Mi mente me estaba jugando una mala pasada.

Me arrastré hasta la pared más alejada de la puerta. Mi raptor me seguía furioso, soltando palabras sin sentido. Provocando que la habitación se quedara más y más gélida con cada paso que daba.

De pronto, el hombre, elevó una mano y se destapó el rostro. Grité fuerte. Me erguí. Tenía que salir de aquel lugar. De mi propio infierno. Arañé la pared y salté tan alto que rocé con las yemas de los dedos la trampilla del techo. La esperanza apareció en mi alma ennegrecida. Inspiré con fuerza y volví a saltar. Esta vez la trampilla tembló ante mi contacto. Cuando caí al suelo. Mi raptor, que se parecía a mi, mas bien era yo mismo, se echó encima. Se puso a horcajadas con una expresión sádica en su rostro.

–No mereces compasión por mucho que lo grites.

Intenté moverme, pero me lo impidió. El aire cada vez era más escaso y comencé a sentir esa sensación de abandono. Unas luces aparecieron ante mis ojos.

Había llegado mi final.

–Sólo quiero perdón –logré pronunciar antes de soltar mi último aliento.

–No lo mereces –pronunció otra voz desde la puerta –. Suéltalo, ya ha tenido suficiente.

De pronto la presión desapareció y el aire entró rasgando mi garganta. Lo hice demasiado deprisa y me mareé ligeramente. El hombre, ese que por un momento pensé que era yo mismo, se colocó junto a la puerta. Había una chica, llevaba la cara tapada por el mismo pasamontañas.

–Lárgate –dijo entre dientes.

Me levanté tambaleante.

–Gracias –logré pronunciar antes de salir de allí corriendo.

Tenía que cambiar, la vida me había dado una nueva oportunidad, pensé. Al salir de nuevo a la calle después de no sabía muy bien cuantos días

había estado allí encerrado. Inspiré percibiendo todos los olores. Una amplia sonrisa se dibujó en mi rostro.

Entré en casa, como siempre el portero me saludó, esta vez con el ceño fruncido. Me abrió la puerta, mientras comentaba algo entredientes. Me estaba juzgando como siempre hacía. Sentí rabia. Nadie iba a mostrar compasión por mi. La envidia les corroía y por eso nunca iban a sentir empatía y clemencia por mis actos de la otra vida. Suspiré y cuando entré en casa, supe que aquello no iba a quedar impune. Que movería cielo y tierra por hacerles pagar lo mal que me lo habían hecho pasar.

Por qué debía mostrar clemencia si ellos no la habían tenido conmigo. Todos tomamos decisiones erróneas, pero jamás perdonamos. No me iba a dejar pisotear. Estiré la espalda y me acerqué a la ventana que miraba desafiante la ciudad desde lo más alto.

Compasión, por qué tenía que mostrarla yo.

Capítulo 6

Escala de grises

Apreté tanto el fleje que sus manos se quedaron sin color. Rasgué un trozo generoso de cinta adhesiva y se la coloqué en la boca. No quería oír su voz reprochando lo que estaba haciendo. Era lo mejor, no dejaba de repetirme una y otra vez. No me había dejado otra opción. La miré. Sus grandes ojos marrones me observaban con temor. Intentó moverse de la silla, pero esas condenadas ataduras de plástico no la dejaban. Cerró los ojos aguantando el dolor en sus muñecas.

Le di la espalda. Ahora venía lo mas complicado. Qué iba a hacer con ella. ¿Sería capaz de continuar con el plan?

Los grandes ventanales de la casa dejaban pasar una luz maravillosa. Sonreí. Siempre me había gustado ese lugar de la casa, era como estar en el exterior pero protegida por las paredes y el tejado. Uno allí estaba reguardado de lo peor, cuando llovía podía ver el maravilloso espectáculo de la naturaleza sin sufrir y cuando la furia de la galerna golpeaba la costa, yo era protagonista sin que ningún cabello de mi cabeza fuera maltratado por la furia del viento.

La oí murmurar algo contra la cinta, me giré ligeramente para observar desde mi posición. Elevé mi barbilla mientras en mi rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción. Sus pupilas me miraron, tenía el ceño fruncido e intentó indicarme que la desatara, me lo suplicó con aquellos ojos almendrados y generosos que tantos corazones habían perturbado.

–No voy a caer como los demás. Yo sé que eres mala y lo mereces
–contesté ante sus preguntas enmudecidas.

La rodeé sintiendo una satisfacción que hacía años que no invadía mi cuerpo. Rocé sus hombros desnudos y ella tiritó. El metal estaba helado, era curioso que con el calor que hacía aquel objeto permaneciera a una temperatura tan baja. Me gustó esa sensación y lo apreté en mi antebrazo, con la hoja plana sobre mi piel. Cerré los ojos. Ese frío era delicioso.

Un ruido sordo me hizo abrir los ojos temerosa. La miré con furia. Cómo había sido capaz de mover la silla.

La golpeé con el mango del cuchillo.

Gimió y bajó la cabeza. Unas lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando tiré de su barbilla para que me mirara. No quería cobardes.

–¿Duele? Pues esto no es comparado con lo que tengo preparado para ti.

Sus ojos me taladraron y vi esa chulería saliendo entre el terror de sentirse allí atrapada.

Aquella superioridad me hirvió la sangre y la abofeteé hasta que comencé a jadear por el esfuerzo. Su cabeza cayó lánguida junto a su pecho.

Me dejé caer al suelo.

Sí que era cansado pegar a alguien, debería haber contratado a otra persona. Miré el techo pálido por aquella escasa iluminación. Hoy iba a ver tormenta. Ya lo había notado cuando fui a por ella.

Abrí las ventanas y el aire húmedo nos golpeó a las dos. Inspiré profundamente, llenando los pulmones con el salitre del mar. Se le veía furioso. Una idea iluminó mi mente.

Por qué tendría que manchar todo aquello con su sangre, la fuerza de la tormenta lo haría por mí.

Me coloqué detrás de ella y empujé la silla de ruedas, después de quitar el freno de madera que había colocado.

Era divertido pensar que moriría en aquella silla, esa que tantos disgustos nos había costado a todos. Ya no volvería a ser su trono desde donde nos martirizara a todos, ya no volvería a gritar sus órdenes desde aquel trono de Ikea.

Al llegar al jardín, las ruedas se atascaron. Empujé con todas mis fuerzas, nada.

La oí reír y le di un puñetazo en la cara, haciendo que su cuello se doblara hacía un lado de forma antinatural.

Nos quedamos paradas, allí junto a la casa. Intenté volver para atrás, pero no había forma. Di una patada a las ruedas, pero el barro se las había tragado.

Qué iba a hacer. Si la soltaba podía revolverse contra mi y no las tenía todas conmigo. Debería drogarla y arrastrarla hasta el acantilado, sí, eso sería lo mejor.

Eché a correr hasta la cocina. Abrí todos los armarios. Por algún lado estarían las pastillas. Después de unos largos minutos de búsqueda me

quedé mirando todos los armarios abiertos que parecían reírse de mi, como lo había hecho ella.

¡No!

Ella no era superior a mi, yo era mejor persona que ella, y se lo iba a demostrar. No volvería a hacerme sentir como una mierda, jamás podría tratarme como a un ser inferior, el ser inferior era ella, ella que nos hacía la vida imposible.

Sí, el plan era perfecto. Se notaba que me lo había currado. Seguro que se estaba reconcomiendo por dentro, por no haber sido capaz de descubrir lo que planeaba contra ella.

Ya podía sentir la alegría de todos cuando se enteraran de su muerte.

Subí las escaleras lo más rápido que pude. Sabía donde estaba su habitación, allí estarían sus pastillas. Entré en el baño. Aquella casa era espectacular. La odie.

Sus trabajadores se tenían que consolar con vivir de alquiler en un piso compartido o bien en un apartamento en el cual no tenían sitio ni para una cama. La mano me sudaba con los guantes de látex.

Un gran alivio recorrió mi cuerpo. Allí estaban las pastillas. Miré atentamente cada bote sin moverlos de su lugar. Escogí los tranquilizantes. En la cocina me apoderé de uno de esos vasos de cristal de bohemia que costaban tanto como un sueldo de obrero y lo llené del agua del grifo, no de la botella fría de un lugar lejano que ella tanto se jactaba.

Aplasté las pastillas con el cuchillo sobre la encimera de miles de euros y eché el polvo blanquecino en el agua. Removí la mezcla y salí con una amplia sonrisa.

El cielo estaba cubierto por unas nubes negras y a lo lejos ya se veía la sábana de lluvia acompañada por relámpagos que iluminaban la isla más lejana.

Iba a ser fácil. La marea se la llevaría lejos y cuando la encontraran la sustancia habría desaparecido de su cuerpo. Todo iba a salir mejor que mi primer plan.

No tenía tanta fuerza como para clavarle el cuchillo, pensé mirando el arma tan grande con la cual la había amenazado.

Caminé por el jardín con el vaso en una mano. Iba orgullosa, por fin le

diría que había realizado un buen trabajo, no tendría queja.

De pronto miré para todos lados.

El miedo se apoderó de mi ¿Dónde coño estaba?

Sí la había dejado maniatada a la silla y ésta se había atascado en el barro.

¡No!

Eché a correr. Entré en la casa. Recorrí el salón y llegué a la cocina. Abrí la puerta que daba a otra parte del gigantesco jardín. Mis ojos recorrieron aquella vasta extensión de césped recién cortado. No se veía a nadie.

Pero no podía ser que hubiera desaparecido como si nada. Además cómo se había desatado. Entonces comprendí que no estábamos solas.

Entré de nuevo en la casa y me dirigí a la puerta principal. La abrí. Sólo estaba su coche. Salí con el cuchillo preparado para atacar.

Bajé las escaleras de mármol y me dirigí al garaje. Mis pasos resonaban en la gravilla. Accioné la puerta, ésta se subía con lentitud, en cuanto pude me adentré en la habitación.

Allí no había nada.

¿Pero dónde estaba?

Me paré en medio de aquella estancia que apestaba a gasolina. No podía haberse esfumado como si nada. Estaba segura de lo que había pasado.

Cerré los ojos tan fuerte que comencé a ver colores delante de mis párpados. Negué y negué sacándome de aquel estado de incertidumbre.

Miré mis manos enguantadas. Una sostenía el cuchillo, el mango tenía restos de sangre ya secos, y en la otra sostenía fuertemente el vaso. Inspiré profundamente y salí de allí.

Corrí hasta llegar al mismo punto donde la había dejado. Me agaché y pasé los dedos por la tierra. Fruncí el ceño. Allí no había rastro de ruedas ni de nada.

Caí de rodillas sobre el fango. No, no, sabía lo que había hecho. Estaba tan claro en mi mente que parecía estar viéndolo allí delante de mis ojos. La había atado a la silla con los flejes de la empresa, la había abofeteado hasta perder casi el sentido y luego la llevé hasta ahí mismo para

perpetrar mi hazaña perfecta.

No podía volverme a pasar, por qué ahora, porque en este momento. La tormenta estaba cada vez más cerca.

–Sabía que no serías capaz –dijo una voz tras de mi.

Temblé al reconocerla.

Tenía miedo a mirar. Me quedé petrificada en el sitio. Cómo había sucedido.

–Eres tan predecible –soltó ella mirándome desde arriba.

Me sentí pequeña, tan pequeña que pensé que me aplastaría con su pie. Llevaba los zapatos rojos de miles de euros y sonreía. Su rostro mostraba satisfacción mientras se acariciaba las muñecas.

–¿Pero?

–Pero, pero qué. No eres capaz de hacer nada al derecho. Ni eres capaz de matarme. Y eso que me odias tanto –dijo entre carcajadas –. No sirves para nada.

Me erguí furiosa. No le iba a permitir que me dijera todo aquello. Yo ahora tenía el poder. Tenía el cuchillo y ella no. Grité y me levanté con fuerza.

La tiré al suelo y comenzamos a forcejear. Era fuerte. Le tiré el vaso de agua en la cara y en ese momento de debilidad, cuando le privé de su sentido de la vista y, ella trataba de quitarme de encima, le clavé el cuchillo en el cuello. Lo metí con fuerza sintiendo que me dejaría descansar, que dejaría de atacarme para siempre. Me sentí dichosa, ahora sería mucho más feliz sin ella, sin esa bruja que siempre me torturaba, que torturaba a todos en la empresa.

Ella se cayó a mi lado. Rodeé. De pronto sentí humedad. El aire me faltaba. Me quité el guante y toqué mi cuello. De él salía un líquido caliente. La vista se me nubló de pronto. Por fin iba a ser feliz y estar en paz conmigo misma. Ella dejaría de decirme que no valía para nada. Por una vez fui más lista que ella y la superé.

Por una vez creí en mi misma.

Capítulo 7

En Sólo Un Segundo

La lluvia empapaba el cristal iluminado por la mortecina luz de una farola, mientras, el ulular del viento se colaba entre las ventanas cerradas a cal y canto de la habitación. La penumbra inundaba las paredes donde se reproducían extrañas formas fantasmagóricas. Aovillada en la cama observé la puerta de madera de la habitación alquilada. El silencio era roto únicamente por el aullar del fuerte viento, que hacía estrellar las gotas de lluvia contra el cristal. La atmósfera opresiva me provocaba escalofríos. Comencé a balancearme como si fuera un péndulo. La vida llegaba a cambiar en tan solo una décima de segundo. Paré bruscamente y tanteé la colcha áspera en busca de su cuerpo. Giré lentamente la cabeza y lo observé. Permanecía inmóvil. Su pecho subía pausadamente, estaba dormido.

El calor que desprendía me quemaba. Mis mejillas se encendieron al descubrir la desnudez de su cuerpo con mis dedos helados que se deslizaron temblorosos por su brazo. Cerré los ojos en un acto de timidez.

Noté como salía de mi cuerpo. Me vi a misma con los ojos cerrados y a él durmiendo plácidamente sobre su cama. Caminé despacio pero decidida. Iba erguida y segura de mí misma. Era mi única oportunidad. Me senté a su lado y mi mano acarició dulcemente su mejilla. El ritmo de su respiración cambió, pero al momento volvió a la normalidad. Solté el aire que había retenido sin darme a penas cuenta. Mis dedos memorizaron su rostro perfecto; recorriendo su fina nariz, sus labios entreabiertos, por los que se escapaba el delicioso aliento que me hizo cosquillas. Acerqué mi rostro inhalando su penetrante olor a lluvia. Me coloqué sobre él para sentirlo más cerca. Su pelo castaño estaba pegado sobre su frente alta y sus párpados se movían al compás de sus sueños.

Mis labios estaban deseando rozarse con los suyos. Había soñado con el sabor que tendrían, la textura, el sentimiento que me provocarían. Ahora que lo tenía delante no era capaz. En los sueños todo era mucho más fácil.

La electricidad fluyó entre nosotros como si de un rayo se tratara. Mis labios rozaron su mejilla. Su piel suave y deliciosa me provocó un intenso escalofrío. Miré hacia la ventana. La calle apenas se distinguía. El agua comenzaba a emborronarlo todo y el viento aullaba como un lobo en busca de su manada. Ya nada existía. Sabía que aquello no era real y notaba una fuerte presión dentro de mí intentando escapar. Mis palabras

derramaron sobre su oído todo lo que sentía.

El viento era cada vez más fuerte, el cristal de la ventana vibró y la lluvia golpeó con ferocidad. Un relámpago estalló en el cielo. La intensa luz iluminó la habitación mostrándome la extraña apariencia de todo cuanto nos rodeaba.

Abrí los ojos. Estaba tumbada en la cama. Miré hacia la ventana. Pequeñas gotas se desdibujaban ante la luz de la farola que parpadeaba. Mis ojos localizaron su cuerpo en la cama de al lado. Estaba de espaldas a mí. Suspiré y me di la vuelta intentando conciliar el sueño perdido debido a la tormenta.

Capítulo 8

Olor a mojado

No puedo explicarlo con palabras, los adjetivos se quedan cortos para expresar sobre este folio en blanco las sensaciones que un día de tormenta me llenan.

Es ese olor a mojado, el cual me trae recuerdos de mi infancia, de cuan placentero eran esos descansos de tanto calor, de tener que volver a ponerte un chaqueta porque había refrescado, después de días y semanas en las que el sol calentaba tanto que uno ya se había olvidado de ellas.

Cuando las nubes negras, cargadas de gotas que no terminan por abandonar sus esponjosas casas, cubren el cielo de tal forma que a las cuatro de la tarde parece de noche, esos días en los que te ves obligado a encender la luz, porque las nubes lo han cubierto todo. Miras con cierto alivio y temor a la vez. Lloverá tan fuerte que será perjudicial o bien se tirará así toda la tarde amenazando, mostrando la naturaleza su influencia y su fuerza sobre los seres humanos.

Los truenos retumban sobre los cristales indefensos, mientras el cielo negro se ilumina un segundo por los relámpagos, esa maravilla de la naturaleza, que aún hoy, a pesar de los adelantos me cuesta creer que sean realidad.

Cierro los ojos un segundo, esperando a la luz cegadora, el sonido de las nubes chocando unas con otras, cómo es posible esa fuerza atronadora.

Abro la ventana, quiero que el aroma a mojado entre en la habitación. Me asomo y el viento me trae los olores de lugares donde el agua ha caído refrescando el ambiente cargado, ha limpiado.

Todo esta en silencio, me pongo nervioso, puesto que no se vuelve a ver ningún relámpago. Qué querrá decir todo aquello. Enciendo la música y dejo que mi cuerpo se relaje sobre el alféizar de la ventana. Hay poco movimiento en la calle.

Sólo quiero escapar, escapar de esta sociedad. La tormenta parece un momento perfecto. Quiero escapar de mis agobios tontos e innecesarios.

Quiero escapar de mis pensamientos torturados.

Quiero escapar de todo lo que me preocupa.

Quiero huir.

Huir sin pensar en lo que dejo, sin pensar en qué me deparará la nueva vida.

Huir sin preocupaciones, despreocupado.

Huir de mi mismo.

Entender por qué huyo ahora de lo que llevo deseando meses.

Será el miedo, el terror a que no me llene después de estar anhelándolo durante años.

Miedo a decepcionarme.

Miedo a no emocionarme.

Miedo a que no me guste.

Habermé marcado esas expectativas no ha servido para que ahora no tenga miedo.

Grito al aire, al viento enfurecido que revuelve mi pelo, que obliga a mis ojos cerrarse.

Grito por mis pensamientos torturados, por esas palabras que me dice una voz dentro de mí, de que no estoy satisfecho plenamente con nada, siempre hay un pero.

Grito por las situaciones en las cuales me agobio y luego me enfurezco por ello.

Grito por los momentos que parecen importantes, que me hacen pasarlo mal, pero que no lo son, pues todo tiene solución, menos la muerte.

Apoyo la cabeza en el frío aluminio de la ventana.

Duele, me duele la frente, pero es mejor eso a que me duela el pecho.

Estoy así un buen rato, noto la circulación por mis piernas estiradas soportando mi peso.

Duele la espalda mal encorvada.

Duele la frente en la que se clava el filo del metal.

Duelen los brazos colgando junto a la pared.

No duelen los pensamientos, pues está mas preocupado por el resto del cuerpo que por torturarme con palabras.

Duele vivir.

Por fin.

Caen las gotas.

Ahogando mis llantos contra el aluminio.

Capítulo 9

Bliss

Cuando me levanté aquella mañana, el nudo en el estómago no había desaparecido, sino que había crecido impidiendo que sintiera apetito alguno. Entre en el baño para dejar que las gotas de la ducha me tranquilizaran y me hicieran olvidar lo que me esperaba esa tarde.

Los nervios y la espera me estaban comiendo por dentro, mis tíos me hablaban continuamente pero yo lo único en lo que podía pensar era en si llegaría a tiempo, si conseguiría un buen sitio y en lo más importante, cómo sería todo. Había visto algunas fotos, muchas más de las que hubiera deseado y ya me había creado un plano en mi cabeza. Pero sabía, por veces anteriores, que el destino nos ponía a cada uno en nuestro lugar y que la excesiva planificación a menudo se iba al traste.

Comí despacio, siendo consciente de que las horas se estaban pasando más despacio de lo que esperaba y que dentro de unas cuantas todo habría pasado y el sentimiento de pesadez se instalaría dejándome en un estado de vegetación llorosa que nadie lograba a comprender.

Mi tío entro en la habitación y me dijo que era hora de marcharnos, cogí la mochila que había preparado la noche anterior como si de una ceremonia se tratara y revisé el monedero comprobando que lo llevaba todo.

Salimos al calor de la tarde y nos montamos en el coche, el silencio era roto únicamente por la retransmisión de no se que competición deportiva que ahora mismo no me interesaba. Mi mente grababa cada detalle con la esperanza de recordarlo cuando todo hubiera acabado y así mitigar el sentimiento de tristeza.

Esta vez iba a ser diferente, la espera había sido más dolorosa ya que no la había compartido con el resto, sino que entraría sola y rodeada de extraños. La soledad que me acompañaba se evaporó cuando vi que no era la única en aquella extraña puerta por donde entraban los camiones.

La espera siempre hace que comiences a hablar con la gente que te rodea y acabes sintiendo un extraño lazo que nos une a todos. Ves como unos hilos invisibles nos juntan haciéndonos fuertes para recordar que lo más importante es disfrutar.

Una vez dentro y con la ilusión tan esperada durante meses, te parece increíble que ya esté allí. Miles de almas compartiendo lo mismo. Miles de ojos, sentimientos que esperan que comience ese pequeño mundo paralelo que te hace olvidar por unas horas todo lo malo que te rodea, que consigue que cientos de miles de personas coreen lo mismo sin que

nadie les obligue, que se emocionan a la vez.

Cuando la noche cae y las luces se encienden en el escenario, el vello se me eriza y todos a mi alrededor gritan sintiendo la tensión y la emoción flotar. Los altavoces escupen los decibelios que se transforman en unas notas sobradamente conocidas que producen en los corazones que allí se concentran una amalgama de emociones que, ahora mismo no puedo reproducir con palabras.

Los focos y, esta vez unas chimeneas que escupen fuego, nos indican que esta imagen se quedará grabada en nuestras retinas uniéndonos de forma silenciosa y sin que seamos conscientes de que por un instante hemos sido uno delante de unos chicos ingleses que un día decidieron dedicarse al mundo de la música y regalarnos estas sensaciones cada vez que acudimos a sus conciertos.

Capítulo 10

Pase lo que pase

El viento aullaba contra la ventana. Se sentó frente al ordenador y comenzó a escribir la carta que le cambiaría para siempre. Llevaba tanto tiempo recordando lo que había sucedido que no se había parado a pensar que lo único importante en lo que pensar era en él mismo. Al fin y al cabo si uno no pensaba en sí mismo quién lo haría por ti. Sí, parecía egoísta, pero a veces serlo no era malo, sino todo lo contrario. Dejaría de sufrir por no ser correspondido. Era tarde para pensar que aquello tenía arreglo. El repiqueteo de las teclas era engullido por las notas desgarradas de la canción que sonaba de fondo. Una y otra vez las notas rasgadas en la guitarra le recordaban todo lo que iba a dejar atrás. Paró de escribir y con la mano sujetando su cabeza releó lo que sería su último correo electrónico. Contento con su trabajo. Picó en el espacio dedicado a los destinatarios y comenzó desde el primero hasta el último. El asiente le avisó de que eran demasiados así que tuvo que realizar la operación varias veces. Le resultó curioso al pensar que los que tenían el apellido que comenzaba por a y sucesivos se enterarían antes de su muerte. Sintió un cosquilleo de emoción. Por una vez, los demás darían algo más que él en esa situación. Cuando terminó, miró el móvil. Ni un mensaje. Ni si quiera por el maldito WhatsApp. Se levantó mientras sonaba de fondo una de las canciones de Carlos Salinas en el reproductor de Youtube y abrió la ventana, observando la fría noche de enero que engullía las pocas estrellas bajo un manto de nubes bajas o niebla. Sintió el helado alumnio de la ventana contra la piel de su mano, respiró hondo a la vez que veía la calle vacía. Miró por última vez el móvil de última generación que permanecía en silencio y saltó.

Capítulo 11

Abandono

Como le dices a alguien a quien quieres que no puedes continuar así. Que todo lo que habías planeado, o más bien, lo que ella había planeado se queda ahí en un plan. Cómo le dices que tú ni si quiera estabas interesado en eso. Que simplemente le decías que la ayudarías, que podría contar contigo para lo que fuera, incluso podrías irte a vivir allí. Pero el simple hecho de pensar en ir a esa pequeña población hacía que se te pusieran los pelos de punta. Abandonar todo lo conocido, dejar atrás a familia y amigos. Dejar tus gustos, tus tiendas favoritas que visitas simplemente para ojear aquello que algún día comprarás y que creerás que teniéndolo te hará feliz. Cómo puedes ser tan superficial, te repites a ti mismo. Cómo puedes salir corriendo de eso. Cómo dejas en la estacada a tu mejor amiga. Pero sabes perfectamente que si sale otra cosa en otro lugar más apropiado para ti, irás sin pensarlo si quiera un segundo.

Sí, es tu mejor amiga, pero en cuanto piensas qué hace ella por lo que te gusta, la mente se te queda en blanco. Puede ser que no sea objetiva, es lo más probable, pero la distancia ha hecho que vuestros gustos y sobretodo vuestras prioridades hayan cambiado. Ella a penas le da importancia a cosas que para ti son imprescindibles para vivir. Sí, en esta sociedad globalizada me considero una persona consumista y no tengo ningún reparo en confesarlo mediante estas palabras. Pero tengo que huir de esta situación antes de que sea irremediable. Sé que no puedo estar así, que nuestra amistad se vería perjudicada por los problemas propios de un negocio, pero ella insiste en que la ayude y en que sea su socia. Pero, es que no se da cuenta de que no puedo comprometerme de esa manera, de que lo mío no es eso ni por asomo. Qué aunque ella no lo entienda, no puedo estar lejos de mis libros y de mi música. Que necesito ir a museos y conciertos y tener otra vida social que no tenga que ver con ir a sesiones de danzaterapia y de teatro alternativo.

Pero en cuanto me llame le diré que sí, que me tiene para lo que quiere, porque al fin y al cabo es mi mejor amiga y sobretodo quiero que sea feliz.

Capítulo 12

La Canción

Cuando me monté en el metro, apenas podía moverme. Noté la tensión sobre mi espalda con la que se sujetaba una chica a mi lado. Cuando giró ella cayó con todo su peso sobre mí. Posó sus ojos negros sobre mí tratando de disculparse. Sonreí restándole importancia.

Miré el reloj. Cómo se me había ido de las manos tanto. Iba a llegar tarde a la cita con la discográfica. La canción que tenía que terminar y que odiaba me había absorbido el tiempo, pensé amargamente.

En Nuevos Ministerios el vagón quedó desierto. Un puñado de personas se dirigían a lugares más alejados y estaban dispuestos a compartir unos minutos de sus vidas con unos desconocidos. El silencio se hizo en el vagón. Me senté junto a un hombre que dormitaba con la cabeza apoyada en el cristal en una posición casi imposible. Fue cuando el vagón giró bruscamente mostrándome a los viajeros del otro, y allí estaba.

Era preciosa. Tenía una figura irregular pero aún así su tez pálida y su pelo rojizo cortado a la altura de las mejillas le daban un aspecto irreal. Sonrió ante las letras impresas que estaba leyendo dejando que sus labios rosados se curvaron formando una figura preciosa.

La observé atentamente, intentando grabarla en mi mente. De pronto las notas aparecieron. Allí estaban. Rebusqué nervioso en la mochila para sacar la libreta y como poseído comencé a escribir de forma compulsiva. La megafonía anunció mi parada. Eché la vista atrás en cuanto se paró. No podía dejarlo a medias, no. Por lo que cerrando los ojos dejé que el tren retomara su camino.

Iba a llegar demasiado tarde, no me lo iban a permitir, pero estaba convencido de que sería menos si iba con esa canción que estaba creando.

Cuando levanté la vista de nuevo, fui consciente, estábamos llegando al final de la línea, bueno más bien al cambio de vagón, no entendía muy bien eso, pero era lo que decían por megafonía. Los viajeros se pusieron de pie a la espera de que frenara. Me percaté de que ella no estaba, habría bajado en otra parada anterior, entristecido, salí.

Caminé hasta llegar al andén contrario para volver a mi destino. La sonrisa no se iba de mi rostro. Apretaba la libreta con ambas manos sabiendo lo valioso que era lo que allí guardaba.

El metro apareció ruidoso y trayendo consigo olores de las cloacas cercanas. Aparté la cara de su trayectoria para evitar que el aire caliente y putrefacto barriera la felicidad de la que era partícipe.

Me encantaba esa línea, pensé nada más entrar. Era todo uno, los vagones no estaban divididos y podía observar a todos los pasajeros.

Centré mi mirada en un hombre dos vagones más allá de donde me encontraba sentado. Era de mediana edad y llevaba la ropa algo arrugada. En su cara se adivinaba que no había tenido un buen día. Miraba distraídamente y tenía los brazos colgando a ambos lados, como un

muñeco de trapo.

En la siguiente parada un grupo de jóvenes entró armando jaleo y empujaron al hombre que no se había inmutado.

Percibí el cambio. Su expresión se tornó fiera. Una ira profunda y maléfica apareció en los ojos antes apagados y sin vida. Sentí un escalofrío.

Aquello no iba a acabar bien. Aparté la mirada. No ocurrió nada. Me extrañó por la expresión de la cara del hombre, ahora parecía algo más nervioso, no paraba de mirar demasiado cerca el reloj de pulsera plateado que llevaba en la muñeca derecha.

Sentí de nuevo una vibración en el muslo. Saqué el iPhone. Era Daniel. Rechacé la llamada y mandé un mensaje.

“Tengo la mejor canción que he escrito y me pasé la parada. Estoy llegando”

Levanté la vista justo cuando las puertas se abrían y el hombre agachado tocaba la mochila que llevaba entre las piernas. Me fijé en aquel hombre debido a tantas y tantas noticias sobre los enemigos de nuestro estado, sentí un terror repentino, que se transformó en vergüenza cuando le vi cogerla y sentarse en uno de los asientos. Resoplé tranquilo, después de tantos atentados, uno parecía ir siempre en alerta.

Capítulo 13

El latido del corazón

La gota fue deslizándose por aquella superficie llena de imperfecciones. Pensó que era todo un reto haber llegado hasta allí. Aún recordaba la caída libre hacía su destino, recorriendo aquel espacio angosto de plástico. Sabía que el resto de sus compañeras llegarían dentro de poco, pero por ahora su tarea era llegar hasta el lugar que sentía como suyo. El calor era agobiante y cientos de sonidos que no llegaba a identificar la estaban poniendo cada vez más nerviosa. Aún podía escuchar el ruido de fuera. Voces alarmadas y pitidos. Se extrañó al no encontrarse con otros como ella.

Todo lo cubría el vacío.

El sonido acompasado del corazón esforzándose por repartir lo poco que le quedaba le indicó que se encontraba en el lugar adecuado y que no se había perdido entre los cientos de túneles. □ Al entrar se sintió renovada. Esperó y esperó a que el corazón siguiera con su movimiento y la expulsara por el resto de túneles, pero no ocurrió. Alarmada comenzó a recorrer el espacio que tenía a su alrededor. Golpeó las paredes intentando que se moviera. Sabía que el tiempo que pasaba dentro del corazón era mas bien poco, pero ahora no era así. El músculo se había parado. El miedo la hizo hacer algo irresponsable. Ir en busca de sus compañeras.

De repente sintió una fuerte sacudida y la electricidad penetró hasta las paredes del corazón provocando un repentino movimiento. Salió disparada hacía uno de los grande túneles. Allí se encontró con sus compañeras que gritaron de felicidad al verla. La corriente las arrastró repartiendo todo lo que llevaban por cientos de lugares. La gota sonrió al ver crecer la vida por cada rincón que recorrían. □ Fue maravilloso escuchar de nuevo el latido del corazón.

Capítulo 14

Planilandia

Sentía que todo había cambiado. Que una vez se marchó ya daba igual cómo era yo y lo que había sucedido. Lo peor era pensar que nada volvería a ser igual. Me daba igual dejar de ver a los de siempre y no salir de casa. Lo malo era no estar con él. Cada pequeño detalle me lo recordaba. Lo mejor que podía hacer era borrar esa alegría que nos había unido y lo que yo creía que nos hacía mejorar. Aún recordaba todas las tonterías que había dicho la última vez que nos vimos. Desde aquel momento comprendí que era la única que había estado en esa relación, que para él únicamente había sido una simple amistad, lo peor era que pensaba que todo se debía a mis absurdos complejos y defectos, pero no que todo había sido mentira. Me costaba borrar todos mis recuerdos y pensar que nada de eso había sido real. □ Me levanté del ordenador y dejé de escuchar la canción de planilandia. Salí por la puerta por primera vez desde hacía meses. El sol me cegó y tuve que pararme para que mis ojos se acostumbraran a esa luminosidad.

La vida parecía haber continuado sin mí. Las plantas y animales continuaban con sus rituales, mientras que mis vecinos se fueron acercando a mi para preguntarme dónde me había metido todos esos meses. La mentira me salió sola. Les dije que había estado de viaje y que unos amigos habían cuidado del jardín y de la casa. No supe cómo contar que me había recluso en aquella casa llena de recuerdos amargos hasta que al oír esa canción algo me había hecho salir de mi cárcel. Sin más dilación y mientras mi mente repetía una y otra vez las estrofas de planilandia, me metí en el coche con la absoluta certeza de que debía ir a verle. Era la prueba de fuego. Si podía verle sin derramar una sola lágrima y sin sentir absolutamente nada, lo había consigo.

Los edificios acristalados relucían entre el cielo azul de finales de invierno, mientras el sol, ya en su cenit, calentaba con fuerza. □ Aparqué frente a las oficinas donde trabajaba y me adentré en ese armazón impersonal de metal con la intención de pasearme por el hall en un intento de verle sin tener que enfrentarme con sus ojos azules. Pero mi plan enseguida se vino a abajo cuando la recepcionista me llamó con un saludo afectuoso al verme entrar.

Me recordaba de las veces anteriores que había ido allí, así que continué con mi mentira y le dije que había pasado por allí y que quería verle. Ella sonriente, tecleó en el ordenador y cogió el teléfono para llamar a su oficina, que estaba en el piso treinta.

Seguí el ritual y pasé a una sala que estaba a la izquierda de los ascensores y me senté en los incómodos pero modernos sofás de piel blanca que rodeaban las paredes del salón. Comencé a sentirme nerviosa. Notaba cientos de punzones perforando mi estómago y cómo mi visión iba perdiendo nitidez. Respiré hondo. Al coger el bolso, sentí el iPod. Lo saqué y navegué entre las canciones hasta dar con aquella que hace unas horas

me había dado esperanzas. □ Unas guitarras potentes y los segundos previos de música sin letra que daban pie al comienzo de la voz me dio unas fuerzas hasta ahora desconocidas. No entendía muy bien porqué esa canción producía esos sentimientos en mí. □ Me descubrí cantando emocionada:

A veces pienso que no existen todos mis complejos

Qué salen de mi mente, de un recóndito lugar

Me aterra y me impide concentrarme en los recuerdos

Y convertirme en una ameba y un antisocial (Planilandia. Lori Meyers)

Capítulo 15

El Paraje

La quietud del amanecer no parecía discernir lo que había ocurrido unas horas antes. El campo junto a las casas permanecía helado y una capa blanca cubría cada brizna haciéndola doblar contra el suelo. El viento había parado para dejar paso a un sol tímido que ascendía por el este. Tan sólo un único árbol presidía aquel paraje sacado de una triste historia.

Un tímido rayo amarillento brilló entre el cielo perlado iluminado un bulto bajo la sombra protectora del árbol, estaba cubierto por la escarcha de la madrugada, pero se movía con cierta parsimonia.

El tiempo era tan desapacible, que ni siquiera los animalillos se habían atrevido a salir. El viento comenzó a soplar de nuevo trayendo consigo el olor quemado de la leña y los sonidos lejanos de cacharros y voces que indicaban que era la hora de despertarse.

Los gritos de los niños y sus pisadas partiendo la hierba rígida trajo la vida a aquel paraje desolado. El sol apenas podía mostrar su luz entre las nubes plúmbeas que se iban a apoderando del firmamento.

El tiempo a veces refleja nuestro estado de ánimo, si el día amanece soleado, parece que todo te va a sonreír, pero en los meses de invierno, la pesadumbre lucha por salir y hace que todas nuestras tristezas se apoderen de nosotros. Sin embargo para los niños, cualquier época es buena para jugar.

Un niño nunca debe preocuparse por los problemas de los adultos y debemos evitar que vea tal y como es la realidad.

Cuando nos levantamos, tenemos por un segundo que el día se estropee o que por alguna causa ocurra algo horrible, si todos los días pensáramos en que ese podría ser nuestro último día, tendríamos dos alternativas no salir de la cama y así evitar nuestra muerte o bien arriesgarnos y vivir el que puede que sea nuestro último día en la tierra.

Pero la mayoría de las veces cuando nos levantamos no pensamos en eso, los problemas del día hacen que dejemos de centrarnos en lo realmente importante y no captemos las pistas de lo que va a ocurrir cegados por nuestro egoísmo.

Un grito agudo rompió el silencio en el paraje junto a las casas.

El grito agudo de un niño reventó el silencio producido un instante antes cuando, la pelota □había rodado hasta chocar con el bulto que se escondía debajo del último árbol escarchado. Fue en el momento justo, en el que todo puede seguir como estaba o, cambiar el curso de la historia para siempre, cuando dos luces grisáceas, aparecieron sobre aquel bulto refugiado debajo del árbol solitario en aquel paraje helado de principios de invierno. Eran dos pupilas perladas de una joven mostrando tal maldad que el joven niño no tuvo más remedio que soltar el terror por medio de su voz angelical.

La muerte suele aparecer cuando menos se espera. Nadie en el aquel pequeño pueblo pudo adivinar que aquella joven que parecía desdichada y malherida iba a traer tales atrocidades sin que ningún adulto hiciera oídos a los más pequeños.

Ellos fueron los primeros en verla y tales fueron sus descripciones de cómo había hecho desaparecer varias cosas que los adultos los tomaron por necios y no creyeron sus palabras. Todo era producto del impacto de ver a una joven desnuda y desvalida. Todo valía para no reconocer que aquellos ojos grises no iban a traer nada más que maldad.